

gueil, al mismo tiempo que lo hacía también Pedro Ragueneel. Este fue el que puso el sello en la carta dirigiendo al mismo tiempo una mirada curiosa á la que había escrito en él.

¡El marqués de Breynes!

¿Qué quería decir aquello, y qué tenía que ver con la Godin?

Explicóle Anita que aquel señor á quien iba dirigida la carta había estado en el Mercado á buscar á Rosa. Este dato excitó la curiosidad del pasante é interrogó á la niña que sin desconfianza alguna enteróle de todo lo que sabía.

Estaba tan arraigada la confianza de Ragueneel en Rosa, que no se quebrantó por esa historia, por muy obscura que le pareciese, y se limitó á preguntar á la niña noticias de su protectora.

— Está buena, mejor se encuentra que los negocios, que andan muy mal, — contestó la niña, — hoy hemos ganado muy poco.

Hizo, además, algunas consideraciones acerca de la competencia de Meraud.

— Si dura mucho no podremos vivir.

Sonrióse Ragueneel porque cuanto más pobre fuese Rosa más pronto tendría que escuchar sus proposiciones y menos la asediarian los otros pretendientes, aparte de que estaba seguro de que le amaba y unos cuantos francos más ó menos importábanle muy poco. Encendió el cigarro y salió poco después de la tabaquería.

Antes de que pasasen muchas horas iban

á apoderarse de él las dudas y los celos, y aún no se había hecho de noche cuando ya no podía separar de su memoria el recuerdo de la carta.

¡El marqués de Breynes!

Mientras tanto, encerrada Rosa en su habitación, preparó en pocos minutos su comida que despachó sin entretenerse más que lo necesario, poniéndose después á arreglar su cuarto.

Sentóse luego á coser y remendar una falda vieja de Anita y esperó.

VII

El almirante Kerhoët no era de esos hombres que vacilan una vez tomada una resolución, y la suya estaba tomada desde hacía muchos años.

Al día siguiente de su entrevista con la Condesa levantóse al amanecer y salió al parque, dió algunos paseos aprovechando la frescura de la mañana, volviéndose luego á su despacho en donde escribió unas cuantas líneas en una tarjeta. A las ocho llamó á Trediou, y dándole orden para que mandase enganchar, marchóse con él á Trouville, en cuyos muelles estaba anclado el *yacht*.

De los tres marineros que componían su

tripulación, uno era un negro de la Martinica, otro un mulato de la Habana, y el tercero un bretón rechoncho, de hombros cuadrados y piernas cortas, rostro achatado, ojos azules y de mirada dulce.

Los tres vestían poco más ó menos como los marineros de las tripulaciones de los buques de guerra.

Tredieu fué en busca de Rouévres para entregarle la tarjeta del Almirante, y mientras esperaba la respuesta, ordenó éste algunas maniobras que ejecutaron el mulato y sus dos compañeros con notable precisión y con la agilidad de gorilas.

Al enterarse el Duque de los deseos de su amigo el castellano de Morville, se sonrió. Hé aquí lo que decía la tarjeta:

Señor Duque:

Os invito para que demos en mi yacht un paseo por el mar. Estaremos de vuelta á la hora del almuerzo, y confío en que la Duquesa no tendrá ningún inconveniente en contarme en el número de sus convidados.

KERHOET.

La ligera embarcación estaba aparejada para salir del puerto en el momento en que se presentó el Duque, ágil y ligero, vestido con mucha elegancia, con un terno gris, corbata clara y un sombrero de paja sobre sus cabellos que apenas empezaban á encanecer.

—¿No hay señoras?

—¿Y qué falta hacen?

—Constituyen un adorno, pues las mujeres son las verdaderas flores de la Creación. De todos modos os confieso, querido Almirante, que este paseo me encanta, ¡la mañana es deliciosa!

—Me figuré que no os disgustaría.

Si he de decir la verdad, el Duque no tenía la menor desconfianza, porque la proximidad del casamiento de Jorge de Kerhoët con su sobrina y las deferencias de que era objeto por parte del Almirante, desde que éste regresó, eran motivos más que suficientes para tranquilizar á cualquiera.

¿Quién no conocía en aquella población de pescadores el apellido de Kerhoët?

Era un apellido muy honrado y muy popular, y solía decirse del Almirante:

—¡Es todo un hombre! ¡Un valiente!

Tredieu se sentó á popa y empuñó la caña del timón. El Almirante y su viajero sentáronse en el puente en dos sillones de mimbre bajo un toldo de tela de rayas rojas y grises que les preservaba de los rayos demasiado ardientes del sol.

A medida que se internaban en el mar, adquiría el rostro del marino una expresión más grave, y el Duque, para el que no pasó desapercibido ese cambio, permaneció silencioso.

El yacht deslizábase rápidamente por la superficie de las aguas, en las que apenas era sensible el movimiento regular de la marea. Parecía un verdadero barco de rega-

tas y dejaba atrás á los quechemarines y ballandras con la misma facilidad que una gondrina deja atrás en su vuelo á un gorrion.

En pocos momentos quedó completamente á la vista Trouville; hallábase en aquellos momentos tan aislado como un islote perdido en una comarca desconocida.

El Almirante exhaló un suspiro de satisfacción.

—¡Al fin!—murmuró.

El Duque, no obstante su carácter ligero, empezó á inquietarse llamándole la atención la expresión sardónica del rostro del Almirante y la mirada burlona que le dirigía, que hasta entonces no había visto nunca en él.

—¿Qué tenéis?—le preguntó.

A pesar de lo delicioso de la excursión, deploró haber consentido el tomar parte en ella.

—Es que acude un recuerdo á mi memoria,—respondió el Almirante.

—¿Un recuerdo?

—Sí, y muy antiguo.

—¿De qué época es?

—Data de unos veinte años. ¿Véis el castillo de Morville?

—Sí, muy bien.

—En aquellos tiempos no era un magnífico edificio como el que produce tan maravilloso efecto á distancia, pues Morville más tenía de ruina venerable que de otra cosa; pero por eso no le quería yo menos, sino

todo lo contrario. Ahí fue donde nací y siempre se tiene cariño á los sitios en que se pasó la infancia. En esa época de que os hablo, las antiguas torres cubiertas de plantas trepadoras desmoronábanse, y en sus techos cubiertos de blanca sal marina, habíanse encargado los vientos y las borrascas de abrir inútiles agujeros. Por ese tiempo no estuvisteis jamás en Morville, y sin embargo, estábamos ya unidos por alguna amistad.

—Por una verdadera amistad,—replicó el Duque.

—Si os empeñáis, sea; no quiero contradeciros. Era un sitio á propósito para un drama, una decoración de teatro. Figuráos que era una noche borrascosa, de invierno, en la que el viento pasaba gimiendo por entre los árboles, la lluvia azotaba con furia los cristales mal asegurados en sus plomos, y en la soledad de una inmensa habitación apenas iluminada por el doble resplandor de la leña que ardía en la chimenea y el vacilante de las bujías, y tendida en un lecho de esos antiguos de columnas hallábase una mujer adúltera que había ido allí procurando ocultarse de todo el mundo y acompañada tan sólo de una criada. No quería que nadie se enterase de su falta, y al pie del lecho esperaba el Médico la hora del alumbramiento.

A oír esto el Duque se incorporó en su asiento.

—¡Tened cuidado, Conde, que pueden oiros!—dijo.

—¿Quién?

—Vuestros marineros.

El Almirante señaló á Trediou.

—¿Trediou? Tranquilizáos, para el no tengo secretos; es uno de mis fieles servidores. Más de una vez se acostó delante de mi puerta; más que criado es amigo.

—¿Y los demás?

—¿Quién, el negro? ese es un bruto. ¿El mulato Toby? Una fiera enjaulada. Si le mandase que extrangulase á un hombre, fuese quien quisiese, os aseguro que no daría ni dos céntimos por la vida de ese hombre. En cuanto á Guirec, es un salvaje que no teme ni el fuego ni el agua, y que bebe de una manera lamentable, pero que en cambio posee dos cualidades inestimables, el valor y la fidelidad; una cruel experiencia me dió pruebas de ello. Tranquilizáos, ni Guirec, ni el mulato ó su compañero, entienden lo bastante el francés para enterarse de lo que decimos.

—Continuad, Conde, que vuestro relato va haciéndose muy interesante.

—Casi me atrevo á aseguraros que aún lo ha de ser más.

El *yacht* separábase cada vez más de la costa, y Morville casi se confundía en aquellos momentos con la línea del horizonte. El Duque sacó el reloj.

—Permitidme, Almirante,—dijo,—que os advierta que llegaremos tarde al almuerzo; son ya las diez.

—Vuestro reloj adelanta diez minutos,—

replicó Kerohët enseñando su cronómetro,—y además en casa de la Duquesa se almuerza á las doce. No os apuréis, porque á la vuelta tendremos viento en popa; y os garantizo que llegaremos á tiempo... si es que volvemos.

El malestar que dominaba al Duque fue en aumento, é indudablemente en aquellos instantes habríale agradado más estar en tierra.

—¿Si volvemos!—murmuró en voz baja.—¡Demonio!

Y levantando la voz añadió con tono en exceso amable:

—Me interesa efectivamente mucho vuestro relato, os suplico que continuéis, querido Almirante.

—Figuráos que durante esa escena que se desarrollaba en el vasto salón principal del abandonado castillo, el marido introduciase furtivamente por una escalerilla excusada para ocultarse en un cuarto tocador que comunicaba con esa sala. Imagináos, Duque, que desde allí escuchaba los gritos, los lamentos de esa mujer que por cuantos medios estaban á su alcance, trataba de ocultarle su caída, crimen y traición, y que ese marido, cuya presencia no sospechaba nadie, preparaba la más terrible de las venganzas para que una mujer sufriese en sus secretas afecciones, en su amor de madre.

—¿Y cómo?

—Permitidme que guarde el secreto respecto á ese punto.

—¿Seréis, acaso vos, de quien se trata en ese antiguo drama?

—En efecto, de mí se trataba. Estaba allí, en ese gabinete y una sola persona lo sabía, el Médico.

—¿El doctor Montel?

—Sí, el doctor Montel. Una vez que lo tuve todo preparado para el porvenir, me alejé lo mismo que el aldeano que sembró su trigo y espera con calma su recolección, y desde esa época me alejé de Francia pudiendo decir que viví poco esperando que llegase mi hora.

—¿Y ha sonado ya?—preguntó el Duque con acento burlón.

—Sí, sonó anoche, á las once y treinta y cinco minutos en ese mismo castillo convertido hoy en lugar de recreo. A consecuencia de un pacto que propuse á la señora condesa de Kerhoët y que aceptó, después de algunas vacilaciones, me enteró de algunos detalles que en aquellos tiempos no pude comprender por estar rodeados de completa obscuridad.

—¿Y esos detalles?...—interrogó el Duque con mucha ansiedad.

—El primero de todos la manera como sucedieron esas cosas. Me admiraba muchísimo que una mujer tan inteligente como la Condesa, se hubiese dejado engañar de una manera tan necia, pasando de la situación dignísima que ocupaba, á la de las mujeres comprometidas por esos seres inútiles que pueblan el mundo, y de las que llegan á conver-

tirse en juguetes, porque las buscan sin amor, sólo por vanidad, y con los que las victimas sólo cambian un desprecio común y recíproco. Tenía un concepto más elevado de Valentina ¿y por qué negarlo? su caída me sorprendió tanto como me lastimó. Obtuve al fin la clave del enigma, y además... escuchadme con toda atención y fijáos.

La recomendación era inútil, porque el Duque miraba fijamente al Conde, centelleándole la mirada y apretando los labios.

—El nombre del cómplice de la Condesa.

—¿Os lo reveló ésta?

—Si he de decir la verdad, se lo arranqué, pero lo más importante es que lo sé.

A medida que hablaba poníase más serio el Almirante y se expresaba con acento más frío é incisivo.

—Si lo dudáis, señor Duque,—prosiguió diciendo,—aquí tenéis una prueba con la que quiero convenceros, ¡mirad!

Los tres marineros del Almirante entregábanse tranquilamente á sus maniobras importándoles muy poco la conversación de su amo con el Duque.

El Almirante sacó un papel de su cartera y lo desdobló enseñándoselo al Duque.

—¿Conocéis esta letra?—le preguntó.—Como véis ahí está escrito un nombre; ese fue la respuesta á mi pregunta, y el nombre es el vuestro. A veces gusta más el escribir cosas que repugnan á los labios el confesar, y ahora hablemos seriamente.

—Estoy á vuestras órdenes.

—Sin duda me preguntaréis por qué esperé veinte años cuando habríame sido fácil obtener el mismo resultado en aquella época, á los pocos días de ocurrir eso. Esto no hace al caso, y no os importa, quizás estaba dispuesto á no volver á ver más á la mujer que me engañó; tal vez me pesa esa resolución tomada hace veinte años, y al acercarse la vejez empecé á sentir la nostalgia del hogar doméstico y me cansé de la vida errante que llevaba.

—¡Acabad! ¡Os lo suplico!

—Debe desaparecer uno de los dos.

—Es un medio como otro cualquiera, ¿lo creéis indispensable?

—Sí.

—Como queráis.

—Comprenderéis sin gran dificultad que no estoy dispuesto á encontrar en todas partes á un hombre cuya sola vista haga que asomen á mi rostro no los colores de la vergüenza, sino los de la ira. Por lo tanto, es preciso que arreglemos nuestra situación; mas por dos razones es conveniente que evitemos á todo trance el escándalo.

—¿Y qué razones son esas?

—No quiero que se pronuncie para nada el nombre de la Condesa, lo hago en consideración á los esfuerzos que hizo para evitar que mi apellido fuese mancillado con ninguna mancha deshonorosa, y además, porque vuestra sobrina va á casarse con mi hijo. Este no me consultó, pero una vez que se empeña en hacerlo no me opongo á sus de-

seos, y un desafío entre nosotros en estas circunstancias, sería un obstáculo insuperable para esa unión, y por esa razón escuchad lo que voy á proponeros.

—Escucho,—respondió el Duque.

—Estoy convencido de que un combate en que todas las probabilidades serán iguales de una y otra parte, os satisfará. Aquí tenemos dos pistolas, una cargada y la otra descargada, las cogeremos al azar y disparemos á quemarropa.

Meneó la cabeza el Duque con aire de duda.

—Pero eso es un suicidio... esa clase de muerte...—objetó.

—¿Os negáis?

—¡Escuchad!

—¡Decís que no!

—En efecto, digo que no; y si, pues sin ningún inconveniente aceptaré un desafío.

—¡En el que estáis seguro de matarme!

—Con tal que se haga con todas las reglas acostumbradas entre las personas de buena sociedad,—dijo friamente el Duque.

—Esperaba esa contestación, así que pensé otra cosa.

—Decidla.

—¿Sois buen cazador?

—Cazo como cualquiera.

—Os dije antes que para mí lo importante era la reserva. Vamos á regresar á Paris y desde allí marcharemos á Seine-et-Marne, en donde la Duquesa tiene una posesión, Villesnes, y Valentina otra, Savigneux, que casi lindan una con otra. Conozco muy po-

co esos sitios, lo cual es una ventaja para vos, y os la concedo.

—¿Y bien?

—Escogeréis el sitio, un bosque de tres ó cuatro fanegas, y cada uno de nosotros llevará una escopeta con dos cartuchos, ó dos pistolas, si así lo preferís.

—Prefiero las pistolas, porque lo que es lo otro parece esencialmente bárbaro,—contestó el Duque.

—Como queráis. Entraremos por extremos opuestos, y nos acercaremos el uno al otro con entera libertad, y nadie se enterará de nuestro proyecto, consignado únicamente en un escrito que se conservará en sitio seguro. En caso de muerte ésta tendrá la explicación de un accidente, ó bien se escribirá de antemano una carta para probar la existencia de un suicidio, ¿qué os parece?

El Duque hizo un gesto desdefioso.

—Eso puede pasar en América entre salvajes, pero en Francia...

—¿Os negáis?

Vaciló un momento el Duque, y el Almirante no dijo nada más, limitándose á hacer una señal á Toby.

El cubano se acercó contoneándose.

—Si te mandase que arrojas al mar con una bala atada á los pies á mi amigo el duque de Ronévres, ¿qué harías?—le preguntó en inglés.

Echóse á reír Toby, dejando al descubierto una dentadura formidable, blanca y aguda como la del gato-tigre

—Lo haría.

—¿Aún cuando te colgasen en seguida de una entena?

—Lo haría, amo mandar, Toby obedecer,—contestó lacónicamente.

—Márchate. El negro y Guirec piensan de la misma manera,—añadió el señor de Kerhoët,—y tengo la seguridad de que si, en efecto, se me antojaba arrojaros al agua con una bala á los pies, ni el negro Toby, ni Guirec ó Trediou, dirían una palabra, y en el mar, querido Duque, un accidente puede ocurrir con mucha facilidad, de manera que quizás no tendría necesidad de acudir á ese medio.

Sacó del bolsillo un puñalito de acero con el puño de ébano y de hoja triangular, acanalada y puntiaguda como una aguja de coser.

—Bastará una picadura de este puñalito para acabar de una vez, ¿y quién sería capaz de sospechar que yo, el Almirante conde de Kerhoët, era capaz de cometer un crimen? ¡os habíais herido por una imprudencia! Tened entendido que para mí el ladrón de honras que se aprovecha de la ocasión para inducir á que falte á su deber á ese sér débil y enfermizo y nervioso que se llama mujer, que se apodera de él por sorpresa destruyendo así para siempre lo más precioso que hay en el mundo, ó sea el honor de una familia y la dicha de un hombre digno, es cien veces peor que el ladrón que escala una pared, descerraja una puerta ó saquea una

casa. ¿Qué es lo que hicisteis? Era yo vuestro amigo, y mientras cumpliendo mi deber para con mi patria navegaba por el Océano y no podía defenderme, penetrasteis en mi casa y á sangre fría, sin acaloraros y sin amor, combinasteis vuestro plan, y perseguisteis, como el cazador á la caza, al sér más querido, á la hacienda más preciada de esa casa, en la que entrabais familiarmente. Para conseguir vuestro objeto, empleasteis no sé qué clase de bajas maniobras, apelasteis á viles supercherías y fraudes para conseguir vuestros fines, y así conseguisteis destruir la felicidad de dos seres que habian nacido para amarse y que se amaban realmente. Os lo digo una vez más y que una valga por todas; obrasteis artera y traidamente, y si hay justicia en la tierra habéis de sufrir el castigo que merecéis; y ahora escoged y tened presente que jamás perdí tanto tiempo hablando.

—Está bien, acepto.

—No esperaba menos de vuestro carácter. Sois un caballero, y después de todo, como tal habríais de portaros, no desmintiendo la sangre que circula por vuestras venas. No queda más que hacer que fijar las condiciones.

El Almirante consultó el calendario de su cartera.

—Dentro de un par de días marcharemos á París y desde allí á Seine-et-Marne. El 16 de septiembre es lunes, ¿os conviene ese día?

—Como gustéis.

—Alejaremos á los guardas con un pre-

texto que no nos costará mucho trabajo encontrar. Dispondremos de dos cartuchos y podremos disparar libremente, ¿preferís la pistola?

—Sí, la prefiero.

—Tomo nota de todas esas condiciones porque la memoria puede faltar y lo escrito no se olvida fácilmente.

—Está bien.

—¿Conocéis el bosque de los Olmos?

—Sí.

—Está situado en medio de vuestra casa y la mía; depende de Savigneux y pertenece á la Condesa. Tiene tres fanegas y media; esta mañana lo estuve viendo en el plano, y os juro que no lo conozco más que así, ¿os conviene el sitio?

—Sí vos lo preferís...

—Si queréis elegir otro no tengo ningún inconveniente en aceptarlo.

—Es inútil, pero pongo una condición.

—¿Cuál?

—Ese bosque está dividido en dos de un extremo á otro por un camino central; pues bien, entraremos uno por cada lado y nos acercaremos el uno al otro sin ocultarnos tras ningún obstáculo, ¿consentís?

—Para concluir de una vez, consiento.

—Bien.

—De manera que estamos de acuerdo en todo: día 16 de septiembre; hora, las ocho de la mañana; lugar, el bosque de los Olmos; arma, la pistola; municiones, dos cartuchos. Hacedme el favor de firmar.

—Sois muy exacto.

—Tengo afición al orden. Con pocas líneas salimos del paso; aquí tenéis un duplicado, y éste es el mío.

El Duque y el Almirante firmaron con lápiz y cambiaron las hojas arrancadas de la cartera.

—Hemos terminado,—dijo el conde de Kerhoët con mucha tranquilidad,—y ahora no hay que decir ni una palabra ni á la Duquesa ni á Valentina.

—Convenidos.

—Vira, y proa á Trouville, Trediou,—ordenó el Almirante.—¡A toda vela!

Los negros y Guirec ejecutaron la maniobra con tanta precisión como á bordo de un barco de guerra.

En el momento en que el *yatch* entraba en el muelle sacó el Conde el reloj, y dirigiéndose al Duque con exquisita cortesía le dijo:

—Ya véis que en esto cumplí mi palabra; espero que en lo otro haremos lo mismo.

—¡Cuestión de honra!—respondió el señor de Ronévres.

La Duquesa esperaba al convidado, y Elena desplegó todas sus gracias para complacerle, colmándole de atenciones y de delicados cuidados.

Esto prueba que es muy cierto que los dramas más palpitantes no se representan en el teatro, sino en el seno de la sociedad.

VIII

A la misma hora en que Rosa, muy atareada en su cuarto entreteníase en remendar una falda al lado de la pantalla verde de una lámpara que no tenía la intensidad de luz de un farol, y esperaba con ansia la llegada de Meraud para saber qué era lo que éste proyectaba y acabar de una vez con sus persecuciones, apeábase del tren en la estación de Saint-Lazare una mujer modestamente vestida. Era Teresa, á la que entrístecía la pena de no ver á su hija, y había decidido sorprenderla y pasar la noche con ella. La única alegría que en su vida tuvo Teresa Godin fue la de criar á su hija y verla fuerte y sana, primero en casa de su nodriza en la aldehuela de Fresnes, á donde la enviaba cuantos objetos necesitaba, privándose muchas veces de horas de sueño para coser la ropita de esa pobre criatura tan amada, y que, sin embargo, había sido causa de tantas vergüenzas y dolores para su madre.

Meraud, al que enfurecía la resistencia de Teresa, pero que lo disimulaba, fingía al hallarse cara á cara con su antigua sirvienta una gran cordialidad y los modales más

amables, sin dejar por eso de visitar primero á su hermana Artemisa Meraud, la antigua ama de Teresa, y luego á su prima Clara, que sucedió á la vieja cuando los dolores reumáticos, exacerbados con la humedad de la pescadería, la obligaron á retirarse á los inválidos.

Era Meraud de esos hombres que tienen extraordinario apego al dinero, pero su deseo de hacer daño á Teresa le dominaba hasta el extremo de hacerle olvidar su avaricia.

¿Y qué le importaba al antiguo corredor enriquecido los rendimientos de un puesto de pescado en el Mercado, cuando sólo lo conservaba como pasatiempo y para tener un pie dentro de la plaza?

Conocióla Teresa, y temía mucho, por lo mismo, sabiendo de lo que era capaz. Lo mismo que sus vecinas la señora Bocher, la Brejot y tantas otras, las más viejas sobre todo, no ignoraba Teresa lo que se proponía Meraud.

Hacia mucho tiempo que las Godin se iban sosteniendo sin ganar ningún dinero; vivían pero no ahorran, y llegó un momento en que empezaron á gastar de lo poco que las quedaba, hasta el extremo de que á durar más las hostilidades, no las quedaba otro remedio que capitular.

Meraud, que pasaba grandes ratos paseando por el Mercado, como un gato por las bohardillas, no dejaba alguna que otra vez de dirigirles frases burlonas.

—¿Vamos viviendo? ¡Eh! ¡Bah! Pero lo que es ahora no ahorramos.

O bien.

—¡Vaya! ¿A que tendremos que ponernos de acuerdo el día menos pensado?

Aquella era una persecución que acabó por interesar á los más indiferentes, y se apostaba en pró y en contra.

—¡A que se arruinan!

—¡A que no!

A pesar de la opinión de sus compañeras, á las que Meraud vejara más de una vez por todos conceptos, negábase Teresa á entrar en inteligencia con ese tenaz y paciente granuja, ¡La desdichada tenía razones muy poderosas para obrar de ese modo! Sabía que Meraud, el hombre que fue á recibirla una mañana á la administración de diligencias de la calle de Bouloi, cuando ella no tenía más que quince años y llegaba del fondo de su provincia, y al que desde entonces tuvo miedo, era capaz de todo.

Al ir á París quería sorprender á su hija y á Anita, á la que consideraba como á hija, y á la que quería mucho, por ser una criatura vivaracha y despierta, y después de hecha la visita pensaba regresar otra vez á Argenteuil, para pasar quince días más en el huerto de los Ragnenel.

Por parte del abuelo Godin no podían esperar nada, y en cambio cada día recibían peores noticias; su viciosa costumbre de emborracharse iba en aumento. La anciana Mariana fue la encargada de participarles estas

noticias, valiéndose para ello del cura párroco, porque ella no sabía ni leer ni escribir, y según decían, en la casa no quedaba ni un solo mueble sano.

Las cóleras que se apoderaban del borracho eran terribles, y según decían, se necesitaba estar dejados de la mano de Dios para continuar viviendo al lado de un ser semejante.

Al pasar por la calle de Saint-Lazare entregábase Teresa á reflexiones muy sombrías, si bien el pensamiento de que iba á ver á su hija la consolaba algo. Pasaron algunos ómibus y Teresa se decidió á dirigirse á pie á la calle de Mondetour.

Teresa siguió lentamente su camino considerándose muy dichosa al sentirse mejor, porque uno de sus terrores, cuando se sentía débil y desfallecida, anémica, como decían los Médicos que han inventado una palabra nueva para descubrir una cosa muy antigua, la debilidad, era el de morir y dejar á Rosa sin ningún sostén.

Empleó bastante rato en recorrer el camino, atravesando por las calles de Petits-Champs y de la Coquilliére, y al pasar por delante del café de Vasin, á través de cuyas vidrieras veíase mucha animación, dominóla un sentimiento de curiosidad.

¿Era la emoción ó la enfermedad que se apoderaba de nuevo de ella? ¡Las dos quizás!

En la puerta encontró á la portera señora Joquelin, tomando el fresco en el gran corredor lleno de fuertes olores de especias, de

las que había un gran almacén en el fondo del patio.

—¿Está Rosa?—preguntó.

—Sí, señora Godin, ¿seguís mejor?

—Un poco mejor, gracias, ¿hace mucho que volvió?

—A la hora de costumbre, sólo que hoy tiene una visita,—contestó la portera con aire misterioso.

—¿Una visita?

—¿Sí?

—¿Quién?

—El Señor Meraud.

Estremeciose Teresa, pero se volvió con rapidez para que la portera no se apercibiese de su asombro, internándose en el corredor.

Era Teresa de carácter afable, dócil, é incapaz de hacer daño, á sabiendas, á nadie, y sin embargo, al subir la escalera de su quinto piso hervía en su pecho sorda cólera, semejante á una fuente cerrada que quiere abrirse paso.

Aseguróse de que tenía en el bolsillo la llave de su casa, de la cual no se separaba nunca, y Rosa y Anita tenían otras dos iguales, y esta precaución era indispensable para mujeres que tenían necesidad de entrar y salir aisladamente para dirigirse á su trabajo. Al acercarse á su corredor apeló á la estratagema de andar de puntillas y meter con mucho cuidado la llave en la cerradura.

En su cuarto era donde efectivamente había recibido Rosa la visita de Meraud, lo

que, por su parte, obedecía á una coquetería, pues su cuarto estaba mejor arreglado que el de su madre.

Anita cosía en la habitación de la madre á la luz de una vela que alumbraba muy mal, y Teresa pudo verla á través de la entreabierta puerta de la cocina. Por la conversación podía comprender que hacía poco rato que Meraud se hallaba allí.

—Os aprecio mucho,—decía el antiguo corredor,—lo mismo á tu madre que á ti.

—Pues no lo parece. En una palabra, ¿queréis decirme cuáles son esas ventajas que me proponéis?

—Son muy grandes.

—Pero, ¿cuáles?

—Ante todo estáis muy mal en esta casa, ¡un chiscón que no tiene más luz que la que recibe de un patio! Os cederé un piso en mi casa, cómodo, restaurado hace poco, y muy coquetón.

Y llevando un dedo al párpado con ademán pícaro, añadió:

—¡Aquello sí que es bonito, porque sí!

—No digo que no. ¿Y qué más?

—Además os daré cincuenta francos al mes como sueldo fijo.

—¡Para las tres! ¡Bien poca cosa es!

—Paciencia; las muchachas jóvenes váis muy de prisa, y lo queréis todo de una vez.

—Espero.

—Después un tanto por ciento sobre los beneficios líquidos; soy generoso y no regatearé por la cantidad.

—¿Y cuanto?

—¿Cuanto te parece?

—Decidlo vos.

—Cuarenta por ciento, ¿te parece suficiente?

—¡Diantre! Eso depende de los negocios que se hagan.

—¡Vamos! No sé que tienes en los ojos, que daría todo por complacerte y probarte que soy buen amigo. Ofrezco el cincuenta y se acabó la competencia, ¿comprendes? Clara venderá por su lado y vosotras por el vuestro, y ambas os pondréis de acuerdo para desplumar al pichón, quiero decir, al parroquiano. Haciendo lo que os propongo ganaréis de dos maneras, por la mañana en la subasta y luego en el puesto, poco á poco se va lejos y eso puede ser una fortuna.

—Es posible.

Meraud se acercó; Teresa oyó ruido de sillas y comprendió lo que aquello significaba.

En voz más baja siguió diciendo el ex corredor:

—Ya comprenderás que si me muestro tan dadivoso no es porque desprecie el dinero, sino porque no sé qué hacer de él, tan llenos tengo los bolsillos. Mi casa de la calle de Rambuteau me produce veinticinco mil francos limpios. Poseo, además, papel del Estado; ese es mi equipaje, que no me roe los zancajos; tengo dinero de sobra, pero no por eso lo desdeño.

—Entonces obráis por cariño hacia nosotras...

—Por bondad, sin duda, y también porque tú eres la más linda entre todas las mujeres.

—¿Lo creéis así?

—¡Que sí lo creo! Tu madre en tiempos era una mujer muy buena, pero la faltaba un no sé qué para llegar á tí.

—De modo que si nos arreglásemos creís que eso marcharía bien.

—¿El comercio?

—¡Eh! ¡Sí, el comercio!

—Como sobre ruedas. Nada produce tanto como el comercio; es lo único á que hoy se puede uno dedicar.

—¿Cómo?

—¡Eh! Bien lo sabes, no en vano tienes veinte años y ya te lo puedes figurar.

Rosa seguía remendando su falda.

—Os aseguro, señor Meraud,—dijo sin levantar los ojos,—que no me figuro lo que queréis, y que si no ponéis los puntos sobre las *i i* no os entiendo.

—¡Qué disimulada eres! Escúchame; lo que tengo que decirte es algo difícil; pero creo que con un poco de maña lo conseguiré. Supón por un momento que un hombre como yo, que tiene el saco bien repleto, te dijese: Sois una joven encantadora, tenéis veinte años, la mejor de las edades, una tez de raso, ojos que hablan; pero todo eso desaparece con el tiempo. Si no lo usáis es un bien perdido para vos y para los demás. Si no tenéis ningún inconveniente os ofrezco un capitalito. ¿Qué le dirías al hombre que se presentase ofreciéndote eso?

—Que hay que pensarlo.

—¡Sea en buen hora! Eso me gusta porque es hablar de una manera razonable y no se puede exigir á una muchacha que se comprometa inmediatamente, pues lo natural es que pida tiempo.

—¿Y sois vos quien me hace esa proposición?

—¿Y quién quieres que sea?

—Debía habérmelo figurado.

—¡Pardiez! Paréceme que era fácil ver que no te miraba con indiferencia, ¿iría sino con tanta frecuencia á rondar por la parte de tu puesto, sobre todo, cuando no está tu madre? Es muy extraño lo que pasa con tu madre. Nunca la hice más que favores, y sin embargo, tengo la seguridad de que no me puede tragar, y cuando paso por su lado pone los ojos como un basilisco, pero eso no importa, ¿no crees que sería mejor que fuésemos amigos?

—¿Es en serio lo que decís?

—¿El qué?

—Lo que me ofrecéis.

—No puede ser más formal.

—¡Bien!

—¡Qué lista! Comprendes bien lo que te dije, y figurábaseme que no podía ser de otro modo. Desde el momento en que te vi allá abajo, en los Campos Eliseos, puedes figurarte que tomé una determinación y que no andaré con rodeos. Te daré lo convenido.

—¡Vaya!

—Te amueblaré un cuarto en el que no te

faltarán nada. ¡Vamos! ¡Quinientos francos al mes y un billete de mil como señal de que está cerrado el trato! Y á esto no me echo atrás, ¿no es esto obrar á lo caballero ó á lo banquero? Aquí no hay nada de relumbrón, todo es sólido; mi portamonedas suena porque está lleno.

Hasta entonces habíase contenido Rosa, pero de pronto púsose mortalmente pálida.

—¡Al fin sé lo que queréis!—baluceó con pena. Poniéndose en pie de un salto, y muy exasperada añadió:

—¡Marchaos pronto de aquí ó si no os escupo á la cara!

—¡Rosa!—murmuró Meraud asustado al ver la indignación que revelaba.

—¡Marchaos!—repitió Rosa cogiendo de encima de la mesilla tocador un afilado cuchillo, una de esas facas catalanas, arma terrible en manos de una persona encolerizada, y que hacía tiempo la regalara su amigo Ladurin.

—¿Qué es lo que la dá?—preguntó Meraud á Anita que acudió apresuradamente al oír los gritos de Rosa.

—¡Ah! ¡Está visto que sois un miserable y un granuja, pero no os creía aún tan audaz! ¡Salid pronto de aquí!

—Entonces me lo dices en serio,—dijo Meraud reponiéndose de su sorpresa.—Está bien, pero ten cuidado, niña, porque algún día nos encontraremos cara á cara. Algún día no tendréis tanto orgullo, ¡demonio! ¡Llegar hasta el extremo de amenazar!

Rosa, ciega de cólera, con la celeridad del rayo, lanzóse con el brazo levantado sobre Meraud. Cubrió sus ojos densa niebla, no vió nada é hirió sin darse cuenta de lo que hacía, hasta que un grito ahogado la hizo estremecer. Retiró el puñal cubierto de sangre, y al mismo tiempo que lo hacía, vió á su madre que se había interpuesto entre Meraud y ella.

—¡Desdichada, es tu padre!—dijo Teresa.

El puñal de Rosa habíala atravesado el brazo.

—¡Madre mía!—exclamó Rosa.

—Cierra la puerta, Anita,—ordenó Teresa.

Y dirigiéndose á Meraud dijole:

—Quedaos, lo mando.

Meraud estaba temblando porque esa escena tan rápida dejóle aterrado.

Rosa vendó el brazo con un pañuelo procurando restañar la sangre al mismo tiempo que la besaba cariñosamente.

—No llores,—dijo Teresa,—á Dios gracias esto no es nada, y presentándome á tiempo te libré de que cometieses un crimen y tuvieses un remordimiento. Ahora vas á saber todo lo que hace muchísimo tiempo debía haberte dicho, pero no me atreví temiendo atraer sobre mi cabeza tu desprecio, y me avergonzaba el tener que hablar.

—Cállate, madre,—contestó Rosa con acento suplicante tapándole la boca con la mano.—Lo comprendí todo y á pesar de eso te amo.

—Sí, quiero hablar para que mi ejemplo te proteja.

La sangre dejó de correr y Teresa tuvo suficiente valor para vendarse la herida ayudándola su hija.

Meraud, frunciendo el entrecejo, esperaba. Anita había salido.

—Tenía quince años,—empezó á decir Teresa,—y no podía contar con el cariño de mi padre, ¿por qué? No lo sé ni puedo precisarlo á punto fijo. ¡Dios le perdone el daño que me hizo! El fue quien me envió á París recomendándome á ese hombre que era su amigo.

—No tengo para qué negarlo,—dijo Meraud instalándose otra vez en su silla;—el padre tenía intereses en aquella época, hoy le gusta empinar el codo. Hemos hecho buenos negocios juntos.

—Me instalé en casa de los Meraud y me colocaron en un puesto, y al anochechar regresaba á casa para comer, y más de una vez tuve ocasión de observar que el amo se tomaba muchas libertades, y comprendiendo lo que significaban sus miradas y sus gestos tuve miedo. Una noche en que rendida de fatiga quedéme dormida, me desperté de pronto sobresaltada. Meraud estaba á mi lado, quise gritar y me amenazó con echarme á la calle, y por temor al escándalo, por cobardía, accedí á sus innobles súplicas. No tenía yo más que diez y siete años y durante seis semanas fui su querida. Hay mujeres para las que el amor es la felicidad, pero pa-

ra mí fue una desgracia verdadera, y quise huir pero... ¿á dónde? Tardó muy poco en completarse mi desgracia, y cuando se lo dije al autor de ella, echóse á reír en mi cara y se burló de mí, ¿en qué términos? ¡No me atreveré nunca á repetirlos! *Eso es negocio tuyo, arréglate como puedas, yo no me hago cargo nunca de las consecuencias, porque si fuese uno á escuchar todas esas historias, no acabaría jamás, y además, añadió, con las mujeres no se puede tener nunca seguridad.* Al día siguiente me marché de su casa y entré á servir llevándome trescientos treinta francos que había ahorrado con muchos trabajos en dos años, y entré en otra casa en la que permanecí todo el tiempo que me fue posible y todos los días veía á Meraud, que me decía burlándose de mí, que algún día no tendría más remedio que volver á su lado cuando me comiese los coños de hambre. Más de una vez pensé en matarme, y por las noches sentía horribles tentaciones cuando vagaba por la orilla del Sena, y veía sus aguas negras y fangosas pasar á treinta pies por debajo de los puentes. Resistí, sin embargo, y al fin me decidí á escribir á mi madre confesándoselo todo; ¡esa sí que me quería! Y mi padre, cuyo odio halló apoyo en mi falta, se negó á recibirme, empero mi madre me asistió y auxilió en cuanto pudo. Así viniste tú al mundo, Rosa, y desde ese día me sentí menos abandonada y teniendo alguien á quien querer. Trabajé con energía, y al fin pude establecerme por mi cuenta.

Sin descansar ni un momento persiguiónos ese hombre. ¿Sabes lo que quiere? ¡Que la miseria nos obligue á pedirle gracias! Cuando le veía dar vueltas á nuestro alrededor no temía por mí, pues los años y los pesares marchitaron mi juventud, sino por tí, por tu creciente hermosura, porque el hombre que deshonró á la madre, quería, por más que avergüence el decirlo y sea odioso el pensarlo, hacer lo mismo con la hija.

La emoción que la dominaba impidió continuar á Teresa.

—Sois realmente un monstruo,—añadió pasados unos minutos,—hace un momento que detuve el brazo de Rosa, pero os juro que si volvéis á presentaros ante nosotras, que si franqueáis el umbral de esa puerta, si llegáis á pronunciar una de esas infames palabras que mis oídos escucharon hace poco, os mato como á un perro con lo primero que tenga á mano sin teneros compasión. ¡Ahora marcháos!

—¿Concluisteis?—preguntó Meraud con acento rudo.

—Sí.

—Pues bien, entonces me toca á mí empezar. Voy á deciros dos palabras nada más. ¿es la guerra lo que queréis? Hacéis muy mal, por que no sois fuertes. Todos esos cuentos con que nos regalasteis los oídos, no tienen sentido común, y si tuviésemos necesidad de escuchar todas las patrañas que corren por el barrio, no acabaríamos nunca, ¡Siempre la misma canción! Muchachas seducidas que

quieren que un ricachón cargue con el mochuelo; la trama es muy burda y por lo antiguo se conoce la estratagema, aparte de que ese es negocio de mujeres, ¡tanto peor para las que se dejaran engañar! Sois orgullosas como gallos, pero no faltará quien se encargue de cortaros la cresta; contáis con unos cuantos novios que no ven más allá de sus narices, mas cuando se enteren de ciertos paseos nocturnos creo que mostrarán menos ardor; tranquilizáos, que no faltará quien les entere. ¡Ah! Quisisteis hacer cara á Meraud, á Nicolás Meraud, y no sois más que dos mujeres solas, que no tenéis donde caeris muertas! Y me contáis historias de esas que le hacen á uno dormirse en pie! Esa señorita se incomoda y no grita, sino que pica como un aspid; tened calma, angelitas, que todo se andará, no obraré como un traidor, sino que os lo prevengo, cara á cara, y para llegar antes que Meraud será preciso que madrugéis mucho y que no durmáis más que con un ojo.

Empujó su silla con un movimiento tan brusco, que estuvo en poco que no rodase por el suelo, y dirigiéndose á Rosa que estaba muy pálida y le contemplaba con una mirada altanera, la dijo:

—¡Y esa es mi hija! ¡Esa! ¡Vaya! ¡Apostaría cualquier cosa á que lo es de cualquier Marqués como aquel con quien se paseaba del brazo ayer á estas horas bajo los castaños de los Campos Eliseos! ¡Mi hija! ¡He visto dramas en el Ambigú, y no sé si es

verdad que la voz de la sangre habla en los demás como dicen en esos sitios; pero lo que es aquí,—y se dió una palmada en el pecho,—no me dice nada, absolutamente nada; ¡os juro que digo la verdad! ¡Buenas noches!

El cinismo con que dijo estas palabras no podía ser más repugnante.

Teresa sollozaba apoyada la cabeza en la repisa de la chimenea, y Rosa no se había movido, dejando que aquel torrente de desvergüenzas se desbordase sin intentar detenerlo. No le dijo nada, pero al observar el pliegue desdeñoso de sus labios, comprendió el ex corredor el horror que le inspiraba. Su rostro avinado coloreóse aún más de lo que lo estaba, y al verle dijérase iba á estallar, y la hiel se desbordó por su boca.

—¡Ah!—exclamó volviéndose.—¡Ya veremos lo que pasa, y será cosa divertida! Y después de todo, si ayuda ese caballero de ayer, el daño no será tan grande. A las muchachas bonitas no las faltan proporciones, pero será culpa mía si os queda un céntimo, ¡va á ser una cosa curiosa asistir á vuestro pataleo! Es muy bueno ser orgullosas, pero se paga muy caro á veces.

De un puñetazo se caló el sombrero hasta los ojos, dirigiéndose después hacia la puerta, pero en el momento en que se disponía á salir, retrocedió mostrándose bastante intranquilo. Vicente Ladurin, al que Anita había ido corriendo á buscar, le cerraba el paso, y alargando la mano hizo rodar por el suelo el sombrero del ex corredor, diciéndole:

—Tened la amabilidad de mostraros más cortés; me parece que fuistes demasiado rudo en una casa que no es la vuestra.

—¡Cuidáos de vuestros negocios!

—Eso es lo que hago, pues me parece que estoy en mi casa ó á lo menos en la de mis amigos, y no me da la gana de que insultéis á la señorita Rosa ni á su madre.

—¿Sois, por ventura, algún pariente?

—No; pero amo á la señorita Rosa y la pedí que se casase conmigo.

—¡Ah! ¡Os deseo mil felicidades!—replicó Meraud que no estaba muy tranquilo.

—No sé si me querrá ó no, porque para eso es libre; mas... me quiera ó no, la tengo por una joven honrada y á su madre por una mujer muy digna, á pesar de lo que sabéis; ¡si fue desgraciada no tuvo la culpa, sino vos! ¡Demasiado os conocemos todos para no saber de lo que sois capaz!

—¡Creo que todo el mundo me conoce, y mucho!—contestó el ex corredor queriendo dar muestra de su audacia.—Soy Nicolás Meraud. Un hombre que siempre hizo honor á su firma.

Dirigió, al decir esto, una mirada amenazadora á Ladurin.

—Cuando doy algo es en buena moneda, y cuanto ofrezco lo cumplo, ¿lo oís?

—¡Me basta! Y ahora me vais á hacer el favor de marcharos, pero en seguida, después de haber pedido perdón á estas señoras por la necesidad que cometisteis.

—¡Perdón! ¡Yo!

—Sí, inmediatamente; y podéis dar gracias á Dios que no haya habido testigos, que si no... ¡Os juro que si me hallo aquí os hubiera metido de un puñetazo la cabeza entre los hombros!

Irguióse Ladurin al lado del ex corredor, que se había puesto lívido.

La actitud del joven era soberbia y Rosa lo observó y no olvidó jamás aquella magnífica cabeza de leal expresión; parecía un justiciero.

—¡Esto es una emboscada!—balbuceó Meraud.

—¡He dicho que de rodillas!—dijo el carnicero, cuya mano cayó pesadamente en el hombro de Meraud.

—¿De rodillas?

—Sí; cuanto más pronto mejor. Acabemos de una vez.

Y sin dar tiempo á Meraud para que protestase, de un empujón le arrojó á los pies de las dos mujeres.

—¡Perdón!—murmuró el ex corredor, mientras que Ladurin le sujetaba por el cuello, obligándole á inclinar la cabeza.

—Así, está bien; basta por hoy, y en cuanto á tus amenazas ya vigilaremos. Levántate y márchate pronto, ó te aplasto como á una cucaracha. ¡Vete!

Llevóle hacia la escalera, dióle un empujón para que bajase más de prisa y esperó.

Meraud se repuso un tanto al llegar al otro descansillo inferior y entonces empezó á lamentarse con su voz chillona y nasal.

—¡No me olvidaré de tí!—exclamó.—
¡Anda, hambrón, cástate con Rosa Godin!
¡Dios los cría y ellos se juntan! ¡Adiós! En París no hace cada uno lo que le acomoda.
¡Aquí hay Agentes para sostener el orden, y proteger á los vecinos honrados contra los matones! ¡Hasta la vista, muchacho!

—¡Cuando quieras nos veremos las caras!—replicó Ladurin con esa calma innata en el que es fuerte.—¡Que te vaya bien!

IX

Está convenido que en París no deben vivir durante el mes de septiembre las personas que se respetan y que deben abandonarlo á los brasileños, ingleses, japoneses ó bien á esos millonarios de los Estados Unidos.

No obstante, en el elegante hotel de Cour-la-Reine observábase gran animación al día siguiente de ocurrir los sucesos que hemos narrado, si bien no se oían los violines, cornetines de pistón ó contrabajos del baile, pero se daba una comida y una reunión en casa del almirante Kerhoët. En los hoteles inmediatos todas las ventanas estaban herméticamente cerradas, y las de los condes de Kerhoët abiertas de par en par, dejando de penetrar el fresco de la noche y salir el res-